

ELECCIONES PRESIDENCIALES EN CHILE

Eduardo Araya L.

1. ANTECEDENTES Y MARCO ELECTORAL

La elección presidencial de 1999-2000 en Chile tuvo tres particularidades que merecen ser consideradas. Primero: fueron los primeros comicios desde el retorno a la democracia en 1990 y por ello estuvieron marcados por la incertidumbre. Mientras en las dos elecciones de 1990 y 1994 la única pregunta importante era qué tanto más del 50% de los votos obtendrían los candidatos de la Concertación, en la disputa presidencial de 1999 se produjo un virtual empate en la primera vuelta (no previsto por ninguna encuesta); esto llevó a que los candidatos de la Concertación (Ricardo Lagos) y de la Alianza (Joaquín Lavín) recurrieran —por primera vez en la historia de Chile— a una segunda vuelta en donde finalmente se impuso Lagos. Segundo: desde el punto de vista electoral, representó la primera ruptura de los alineamientos electorales heredados del régimen militar (la dicotomía dictadura-democracia del plebiscito de 1989) en donde un candidato de derecha lograba penetrar en grupos de votantes de sectores populares (particularmente mujeres), hasta allí tradicionales electores de la Concertación. Tercero: fue la primera elección presidencial con un uso intensivo de

técnicas de mercadotecnia electoral (proceso también denominado americanización de las campañas).

Un elemento adicional implica considerar el marco del sistema electoral. Éste fue definido por el régimen militar y, aunque ha tenido modificaciones en algunas áreas (los comicios municipales fueron recientemente reformados para hacer paralelas las elecciones de Alcaldes y Concejales), todavía no representa un consenso político. Desde el inicio de los gobiernos de la Concertación, éstos han tratado de reemplazarlo por un sistema proporcional modificado, pero el sistema electoral recién pudo ser sacado del ámbito de las leyes constitucionales y sólo ahora se abre la posibilidad de su recambio.

En la práctica, en Chile el sistema funciona de tres maneras diversas, aunque parte de los componentes son los mismos (circunscripciones y tipo de voto) en todos los casos. Las elecciones municipales operan con una lógica proporcional y con tiempos que no son coincidentes con las otras elecciones. Las elecciones presidenciales operan con voto único directo y con segunda vuelta; ello para períodos presidenciales que han variado en el tiempo por diversas razones (el lapso previsto originalmente por Pinochet fue de ocho años,

pero la discusión se ha centrado en si son cuatro, para hacerlas coincidir con las elecciones parlamentarias —una alternativa más razonable en mi opinión— o seis años sin reelección).

Los mayores problemas están en las elecciones parlamentarias, que tienen un sistema absolutamente *sui generis*. Si los sistemas electorales en el mundo se han clasificado sobre su orientación en función de mayoritarios o proporcionales, se podría decir que en el caso de Chile éste no es ni lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario.

La extensión de este artículo impide explicitar todas sus características y efectos, pero en lo fundamental se estructura sobre un criterio de proporcionalidad. En su momento (bajo el régimen militar) se definió en función de garantizar una cantidad de escaños parlamentarios a sus propios partidarios (la derecha), por tal motivo se definieron circunscripciones binominales (sobre los resultados del plebiscito de 1988) que tienen la siguiente particularidad: para que una coalición se lleve el segundo cargo en disputa, debe duplicar a la primera mayoría de la segunda lista. Uno de los efectos de este sistema es que se puede ser parlamentario sólo con el 33% de los votos. El otro es que concentra la competencia dentro de las dos listas mayoritarias más que en una de ellas. Como sea, aunque en la práctica ha tenido «efectos mayoritarios» (obligando a los partidos a competir entre bloques so pena de quedar fuera del Parlamento) el sistema tiene demasiadas distorsiones entre voto efectivo y representación. Finalmente, el Senado (períodos de ocho años) se renueva parcialmente alternando elecciones entre las regiones pares e impares.

2. LA DEFINICIÓN DE LAS CANDIDATURAS Y LA CAMPAÑA

En el caso de la derecha, desde el 2000, el candidato de la coalición (Alianza por Chile) ha sido Joaquín Lavín en virtud de su 48% en la segunda vuelta presidencial. Aun cuando se desempeñó hasta setiembre del 2004 como Alcalde de la Comuna de Santiago, de manera implícita o explícita ha estado en campaña desde esa fecha, sin considerar su campaña previa. Parte del actual panorama (ver cuadro 1) puede explicarse, entonces, por el desgaste de un candidato en campaña por demasiado tiempo, pues éste ya no representa ninguna novedad para los electores a diferencia de lo que ocurrió en la campaña 1999-2000.

Las elecciones municipales (de carácter nacional) realizadas en octubre de 2004 marcaron una importante inflexión en las tendencias electorales. Con una nueva ley que separó la elección de Alcaldes y Concejales y en contra de las expectativas de la derecha que esperaba acercarse al 50%, la oficialista Concertación ganó en votos, en Concejales y en Alcaldes. El gobierno de Lagos había partido en un contexto de recesión económica y con pesimismo respecto del futuro electoral (que fue descrito en la prensa como la «ceremonia del adiós»). Sin embargo, en el 2004, en un contexto de recuperación económica, este significativo triunfo —junto a un alto grado de respaldo a la gestión de Lagos (que hoy bordea el 70%)— instaló una atmósfera de optimismo de cara a los futuros comicios presidenciales.

En el caso de la campaña de la Concertación es necesario hacer algunas distinciones. Pese a que era evidente que el sector demócratacristiano, dado su posicionamiento en las encuestas, tenía ya por mucho tiempo una precandidata «natural»,



Soledad Alvear

la Canciller y ex Ministra de Justicia Soledad Alvear, por su meritoria carrera (fuera de completar exitosamente la negociación de los TLC con Estados Unidos y la UE, era la artífice de la importante Reforma Procesal Penal), debió luchar arduamente contra otras figuras dentro de su partido que, no obstante estar muy por debajo en las encuestas, tenían pretensiones presidenciales (el presidente del PDC senador Adolfo Zaldívar y el ex presidente Eduardo Frei). En el caso del ala izquierdista de la Concertación (los partidos Socialista y Por la Democracia), fueron también las encuestas las que definieron a su precandidata Michelle Bachelet, socialista, ex ministra de Salud y de Defensa.

Ambas salieron el 29 de setiembre del gabinete (originalmente Lagos había pensado reestructurar su consejo de ministros después de las elecciones municipales) y ese fue un minuto clave. Bachelet

aventajaba ya en las encuestas a Soledad Alvear, pero esta última debió esperar hasta febrero (a la junta nacional del partido, postergadas hasta esa fecha por su Presidente para mantener sus propias posibilidades presidenciales pese a que en las encuestas nunca superó el 2%, contra 20% de Alvear), para ser nominada oficialmente por su partido y poder competir en las primarias de la Concertación fijadas a su vez para el mes de julio. Para ese momento, la distancia entre ambas en las encuestas era del orden de los 30 puntos y terminó siendo irremontable. Aun así, las encuestas mostraban que cualquiera de las dos candidatas de la Concertación podía derrotar a Lavín en segunda vuelta.

Entre marzo y hasta mediados de mayo la agenda electoral estuvo monopolizada por las candidatas de la Concertación. Sus comandos de campaña definieron una serie de debates regionales y dos polémicas televisivas nacionales, lo cual no sólo concentró la atención de los medios, también generó la atmósfera de que nada podía alterar la tendencia que venía desarrollándose y que todas las encuestas confirmaban: de no mediar un evento dramático Michelle Bachelet se impondría por amplio margen tanto en las primarias de la Concertación como en la presidencial.

Tal vez no pueda adjetivarse como dramático, pero la irrupción de un segundo candidato presidencial de la derecha después de la primera quincena de mayo fue definida por todos los medios de prensa chilenos como un «terremoto». Sebastián Piñera, exitoso empresario, hombre de intereses y actividades múltiples, liberal, ex senador y ex presidente de Renovación Nacional (RN), con el apoyo del 80% de los 400 delegados a la junta nacional de su partido, fue proclamado candidato presidencial, pese a que sólo un mes antes la



Michelle Bachelet

directiva del mismo partido había garantizado el apoyo a Joaquín Lavín. Este brusco cambio del alineamiento (y del ánimo de una agrupación política) se explica en primer lugar por el bajo desempeño de Lavín en las encuestas y fundamentalmente porque RN ha estado ya por varios años sometida a un juego de perdedores (la mejor posibilidad es perder menos) por el estilo y las prácticas hegemónicas de sus socios de coalición, la Unión Demócrata Independiente (UDI). Para los dirigentes de base de RN era tanto una cuestión emotiva como práctica: no tenían mucho que perder y sí mucho que ganar, y aunque las encuestas aún lo mantenían bajo Lavín, a sólo una semana de su nominación Piñera ya tenía 16,4 % en las mediciones de preferencia.

Lavín y Piñera no sólo representan a dos partidos distintos, sus perfiles también lo son; Lavín es un miembro del Opus

Dei y simultáneamente un «Chicago Boy», con vínculos con el régimen militar (aunque ha hecho esfuerzos por desmarcarse de la figura de Pinochet desde su arresto en Londres en 1998). Piñera en cambio es un político liberal con alguna cercanía «histórica» al PDC, que públicamente votó en contra de Pinochet en 1988, que puede captar muchos votos de centro y por lo mismo es fuertemente resistido por la derecha más conservadora.

El martes 17 de mayo, Soledad Alvear decidió deponer su candidatura; ello dejó a Michelle Bachelet como la candidata oficial de la Concertación, quien deberá medirse en diciembre contra los dos candidatos de derecha. Así, la apuesta de Piñera es que puede captar parte del voto «blando» del centro que hubiese votado por Alvear y que eventualmente no lo haría por una candidata de izquierda como Michelle Bachelet. Las encuestas, sin embargo, no confirman estas expectativas (véase nota en cuadro 1).

Como una reflexión final, dentro de un panorama que aún es fluido, pueden destacarse los siguientes aspectos:

1. La importancia creciente de las encuestas. Ni Michelle Bachelet ni Soledad Alvear, a pesar de sus exitosas carreras, son parte del *establishment* (es decir, de la élite política del triunfo del NO en 1988) y llegaron a ser candidatas en sus respectivos partidos o bloques en gran medida en virtud de las encuestas. Lo mismo ocurrió con Sebastián Piñera en su decisión de competir con Lavín y por lo mismo será un factor relevante en el futuro de su propia candidatura.
2. Las «razones» que le permitieron a Michelle Bachelet encumbrarse en las encuestas son rasgos muy subjetivos. Nadie podría desconocer sus méritos,

CUADRO 1

CANDIDATO	NOVIEMBRE	DICIEMBRE	MARZO	15 DE MAYO ¹	20 DE MAYO (DESPUÉS DE PIÑERA)
Bachelet	42,7	49,6	47,2	46,2	44
Lavín	32,2	31	28,5	31,6	20,9
Alvear	13,9	9,7	14,7	14,5	9,1
Piñera	–	–	–	–	16,4
Otro ²	–	–	1,8	1,5	1,4
Nulo/blanco	0,5	0,9	1,8	1,2	0,7
Ninguno / NS/NR	5,8	5,1	5,8	4,2	7,5

1. Encuesta realizada posteriormente al primer debate televisivo (nacional) entre las candidatas de la Concertación.

2. Pacto Juntos Podemos, Alianza del P. Comunista, el P. Humanista y otros grupos menores, que recientemente designó como candidato a Tomás Hirsch del PH.

Fuente: Diario *La Tercera* – «Feedback» (*La Tercera*, 22 de mayo de 2005).

pero en las encuestas lo que se valora son rasgos tales como «empatía», «cercanía a la gente», carácter conciliador, etc. Ello le ha permitido hasta aquí mantenerse arriba en las encuestas sin definir proyectos políticos. Esto resultó tremendamente reductor para una campaña cuyos debates debieron centrarse en la calidad de las propuestas políticas.

- Desde este punto de vista, el ingreso de Piñera a la competencia, por su propio carácter y estilo, seguramente hará que los debates futuros sean de mejor calidad; sin embargo, es evidente en este punto que las expectativas de una clase políticamente «ilustrada» no cuadran con los intereses y preocupaciones de la gran mayoría de los chilenos.
- El sistema binominal parlamentario es una restricción para la competencia entre partidos, lo cual los obliga a contener sin perder de vista que también deben mantener acuerdos que les garanticen gobernabilidad futura a quien resulte vencedor en las presidenciales. Este mismo aspecto tiene el efecto paradójico de que refuerza un rasgo que ha estado o está presente en todas las candidaturas: los candidatos cuentan con el apoyo total de sus partidos, pero

el cruce de intereses en una campaña simultáneamente presidencial y parlamentaria, particularmente en los partidos de derecha, genera expresiones públicas de disenso entre dirigentes — candidatos a senadores y sus respectivos candidatos presidenciales.

La primera medición marca sólo una diferencia de 4,5% bajo Lavín, pero éste y Soledad Alvear pierden cerca de 1/3 de la intención de voto. Michelle Bachelet en cambio únicamente pierde 2,4% y estira la distancia sobre Lavín. Sin embargo, si se examinan estos resultados desde otra perspectiva, el voto de la Alianza (sumadas las intenciones de voto de sus dos candidatos) se eleva a 37,3%, más de cinco puntos por la mejor medición anterior, aunque muy por debajo de los 48% de Lavín en la segunda vuelta presidencial del 2000. Otro dato interesante que arrojan las encuestas es el alto índice de traspaso de intención de voto entre ambas candidatas de la Concertación (51% en ambos casos); en cambio, entre ambos candidatos de la Alianza, dicho porcentaje es menor (31%), lo que permite poner en duda el que se cumpla el cálculo de Piñera, de que en una segunda vuelta podría captar la mayoría de los votos de Alvear.